

ASESINO DE CRETINOS

Asier Triguero

ASESINO DE CRETINOS

A black and white photograph capturing the lower half of a crowd of people walking. The focus is on the legs and feet of the individuals, creating a sense of movement and a busy, crowded environment. The title 'ASESINO DE CRETINOS' is printed in large, bold, white capital letters across the middle of the image, partially overlapping the legs of the people.

Capítulo 1

Era un día frío, de esos que te sorprenden tras varias semanas de calor y que ponen a la gente triste o constipada; no era festivo, el mundo llevaba meses sin tener uno. También era un día gris y luminoso, de esos que te ponen dolor de cabeza y que te obligan a caminar con pinta de tener sueño o estar enfadado.

Así paseaba yo, observando a la gente seguir adelante con sus vidas de mierda; unos parecían tristes, otros constipados, algunos somnolientos y la mayoría enfadados. Salí de casa porque me puse de muy mala hostia por estar esperando. No recuerdo el motivo concreto de mi enfado; tampoco el de la espera. Da igual. Esos son los momentos en los que lo peor del mundo se muestra ante tus ojos: un tuit, una foto, un titular, ese correo que no llega, ese mensaje que no leen, el descubrimiento de otro fenómeno mediático en el ámbito de los junta letras... Y algo como eso, algo muy peligroso, es lo que me obligó a salir a la calle de muy mala hostia.

Qué buenos días eran aquellos... por qué no les prestaría atención.

La semana había arrancado bastante turbia: terremotos, accidentes de aviación, programas del corazón, policías asesinos, políticos que mienten y gente que se indigna por ello, o porque se maltrata a los perros o porque algunos pasan sed o porque nadie les hace caso en Facebook... Pero nunca porque el vecino de al lado haya descubierto que su vida es una mentira. Todo ese tipo de gente caminaba por la calle siguiendo adelante con sus vidas de mierda y pareciendo tristes o constipados o con pinta de tener sueño o de estar enfadados a las seis de la tarde de un día frío, luminoso, gris y precedido de unas cuantas semanas de calor. Yo, en medio de todos ellos, rozándome con sus hombros al caminar, esquivando sus pupilas, fijándome en sus orejas, narices, cuellos, papadas y barrigas, contemplaba cómo el tiempo, escondido tras la peor de las esquinas, encorbaba sus espaldas.

Qué buenos inicios de semana eran aquellas... por qué no les prestaría atención.

Era un día sin Dios ni madre, perfecto para dedicarse al noble arte de beber sin divertirse, o bien para cerrar las persianas y rascarse el frontón hasta que te duela. De pequeños placeres está el mundo lleno.

Era una semana que había arrancado como todas las demás; sin color, anónima, imperfecta, bostezando.

Cómo añoro todo eso ahora.

Lo peor de las historias es que se cuentan cuando ya han sucedido, lo peor de los acontecimientos es su opacidad al acontecer. Tenía el mundo en mis manos; mía era la capacidad de hacer de él un sitio mejor. Mi errático caminar me condujo sin saberlo a una vieja imprenta, polvorienta y oscura, situada junto a una de esas plazas agrias en las que predominan mendigos y palomas lisiadas. Entré.

Hacía tiempo que quería encargar unas tarjetas de visita.

Recuerdo cómo me miró el dependiente. Sus ojos hepáticos me dijeron: *"ya tiene usted una edad como para andarse con estas chorradas"*. Tenía razón en lo de la edad, pero erró en lo demás.

Iba totalmente en serio. Yo me fijé en su vieja camisa y en los cercos de mugre de su cuello y me limité a aguantarle la mirada. *"Si se va usted a tomar un café, cuando vuelva las tendrá listas"*, me dijo, y se puso manos a la obra. Eso hice Entré en una cafetería cercana y me senté. Desde mi mesa se veía la agria plaza frecuentada por mendigos y palomas lisiadas, por la que de vez en cuando cruzaba alguien con pinta de estar triste, o de tener dolor de cabeza o de estar resfriado o enfadado, exhibiendo al mundo con desgana la leve curva que el tiempo pone gota a gota sobre su espalda.

Cuando volví el tipo de la camisa antigua y cercos de mugre en el cuello había cumplido su palabra, mis tarjetas estaban listas. Tras ojearlas con orgullo, le pagué. "Jiménez. ASESINO DE CRETINOS", se leía sobre el pequeño pedacito de cartón de tonos sucios.

–Si me permite una pregunta, se la haré –me dijo el tipo de la imprenta cuando contaba el cambio. Yo asentí. –¿Cómo los identificará?

–No soy yo quien lo hago, sino mi jefe, todas las semanas me llega un mensaje al móvil con un nombre y una dirección. Yo me limito a cumplir con mi trabajo –contesté.

El tipo de la imprenta resopló e impregnó las paredes de un olor acre. Me entregó el cambio y nos despedimos.

Qué buen día fue aquel. Qué maravillosos fueron aquellos inicios de semana. Cómo voy a echar de menos a toda esa gente caminando por la calle encorvados, tirando hacia delante con sus vidas de mierda.

Ahora mismo, en mi casa, repaso los grises momentos que no supe aprovechar y que dejé pasar por insulsos, pensando que no eran para mí.

"*Cualquier momento es el tuyo, cretino*", me digo a mí mismo demasiado tarde mientras sostengo el móvil entre las manos.

Un mensaje anuncia sobre la pantalla iluminada el objetivo de la semana: Yo.

He podido ser muchas cosas a lo largo de mi vida, incluso un cretino, pero nunca he fallado en mi trabajo.

FIN

Asier Triguero